

Audición del Presidente José Mujica del 1.º de mayo de 2014

Un gusto, amigos, y un deber, hoy, decir un algo de lo que han acumulado muchos primeros de mayo a lo largo de nuestra vida militante y de compromiso.

“Que te echen del laburo por reclamar tus derechos, pero nunca, nunca, por ser mal trabajador”. Más o menos así me decía un anciano proletario, de esos de siete oficios, cuando yo era un niño y abría mis ojos y mis orejas a la vida. Se llamaba don Victoriano López y era, en los hechos, visto en la perspectiva del tiempo, casi un ingeniero autodidacta, porque durante muchos años, después de la guerra del 14, había sido un obrero metalúrgico de una empresa que se llamaba La Uruguayana Bancar, hoy, obviamente, desaparecida.

Y este anciano que conocí en mi niñez era capaz de desarmar un motor, una bomba hidráulica y hacerla por pedazos, cultivaba los mejores tomates del barrio, hacía un vino exquisito. Cuando entregaba un trabajo la cara le sonreía, porque era una especie de poema, de alegría, por la perfección del trabajo. Pertenecía, ya en su ancianidad, a un oficio desaparecido, hojalatero de barrio, capaz de inventar un zapato con un taco giratorio para su vieja compañera que tenía dificultades para caminar, o de cortar un vestido o un traje, o lo que fuera. Hacer el metal de una biela y cuestiones por el estilo.

Y este anciano me decía: como trabajador, tenés que luchar por ser lo mejor, hacerte insustituible, porque es eso lo que te da fuerza moral para todos estos reclamos.

Nosotros, me decía, los trabajadores no somos parásitos, vivimos de nuestro esfuerzo, y muchas veces sin darnos cuenta sostenemos el mundo y la vida.

Lo cierto es que el trabajo acumulado es el motor del progreso, y todos deberíamos ser trabajadores libres, pero comprometidos. Y más o menos me decía, cuando rememoro mi atónita actitud de niño, escuchándolo como se escucha a un abuelo al que se respeta mucho: se debe ayudar a los pobres, hay que ayudar, pero ojo, ojo con los atorrantes, estos existen, y están en todas las clases sociales.

Es un primero de mayo y corresponde un hilo de recuerdo hacia los miles de inmigrantes que fueron cimentando este país. Hubo años por 1909, 1910, que llegaban 40 mil, y a veces más, por año, con su bolso, a nuestros puertos. Eran inmigrantes que venían a esta América empujados por el hambre y por la guerra, las distintas guerras que se daban en el mundo, particularmente en Europa. Fueron destilando cultura lentamente y, entrelazando con nuestra matriz gaucha, fueron sembrando los oficios. Allí vinieron los viejos carpinteros, los herreros, los panaderos

de oficio, los constructores, los cañistas, los orfebres, los dibujantes, los linotipistas e imprenteros, tan importantes en la historia de las ideas del Uruguay. Junto a sus oficios, llegaron sus apellidos gringos. También sembraron, naturalmente. En la maleta de los conocimientos vinieron las ideas de agremiación, de organización, de sindicalización.

Con ellos vino el primigenio pensamiento libertario. También vino la nostalgia de los viejos inmigrantes, que el emigrar era como un tajo irreparable de dolor, que quedaba con un océano de por medio. A los jóvenes de hoy —naturalmente que esto quedó muy atrás—, les pediría si pueden volver a las páginas de Florencio Sánchez, *M'hijo el doctor*, *La gringa*, para tener una idea de las claves de ese tiempo tan fundamental en la forja del Uruguay. Naturalmente, como todos los hombres, y mucho más los hombres y mujeres que se descuajan por la distancia y se refugian en las incertidumbres de una patria nueva, por hacerse, que no conocen, y dejan su historia, su tradición, sus familias atrás.

Cuánto tuvieron que ver con la formación real de esta patria; patria que, es cierto, se hizo en parte de a caballo, pero muchas veces, también, a caballo se deshizo.

Y estas viejas manos obreras que, refugiadas en este país por el dolor de lo que pasaba en el mundo y sobre todo en Europa, fueron las que fueron restañando la nacionalidad herida, y fueron cimentando el formidable crecimiento material de nuestro país.

No fueron precisamente los aristocráticos apellidos nobles y linajudos, muchos de los cuales están estampados en la nomenclatura de nuestras calles, los que levantaron el gigantesco acervo material del Uruguay moderno.

Fueron hoy, anónimos tanos y gallegos y centroeuropeos que venían en barcos de tercera amontonados, los que hicieron los cimientos del Uruguay moderno, viejos obreros emigrados, ¡salud! Trabajadores inmigrantes que continuaron la gesta de los que quedaban atrás, los gauchos rotos, heroicos, analfabetos, los que nos forjaron patria y nación, esta esquina conflictiva de Sudamérica, porque fuimos desde el principio, tierra de frontera y en disputa. Debemos recordar el valor de estas manos proletarias y debemos recordar su enorme compromiso con el trabajo, su instinto de clase, su lucha por conquistas. Sus sueños, sus immaculados sueños por un mundo mucho más justo, que seguramente pensaban que estaba mucho más cerca. Larga, larguísima es la marcha, mucho más difícil que la teoría de las grandes utopías.

Pero aprendimos de estos viejos proletarios que solo son derrotados los que abandonan la lucha y el compromiso. Por eso, en otra época, y en otro tiempo, cuando

el trabajo se está transformando y tiende cada vez más a ser intelectual, y la sociedad de consumo nos rodea, nos atenaza, nos brinda sus logros y nos impone sus grillos, sus limitaciones, qué cosa buena es recordar el gigantesco esfuerzo que hicieron estos trabajadores, porque el progreso siempre, siempre, sale del trabajo. Y no hay discusión posible, sé que el capital es importante, pero en el fondo el capital es siempre trabajo acumulado. Por eso, por eso, hay que tener orgullo, conciencia, pero con humildad y disciplina proletaria.

Es, entonces, un primero de mayo para recordar estas cosas, pero fundamentalmente para restañar lo que queda de esta larga marcha por delante.

Para que sea posible que lo mío y lo tuyo no nos siga separando.